los tribales, porque los romanos eran unos impenitentes anticuarios políticos, y, como la Inglaterra de los últimos tiempos, no destruían nada de lo existente. Su táctica consistía en superponer las creaciones de ayer con las de hoy, manteniendo una fidelidad tan acusada para lo arcaico como para lo más reciente. Tal vez esa floresta de instituciones tenía la virtud de hacer prácticamente imposible el hecho de barrerlas todas revolucionariamente, obteniéndose así una mayor estabilidad.

Sabido es que, para depositar su voto, los electores romanos, en los primeros tiempos, remitían sus tabletas a un funcionario, llamado curador. Sin duda para evitar posibles infidelidades de éste, más adelante, los ciudadanos fueron llamados a la tribuna donde depositaban directamente su voto, discurriendo por una pasarela que les conducía desde la oficina de su tribu hasta el estrado. Pero era tal el tumulto a que daban lugar los muñidores electorales mientras las filas de votantes transitaban por la pasarela, que el cónsul Mario hubo de estrecharla hasta el punto de no permitir sobre ella sino el paso de los electores en fila india, con lo cual los agentes electorales tenían mayor dificultad para el ejercicio de su misión. Una jornada electoral en estas condiciones debía de ser algo semejante a la reunión en un lugar determinado de varias paradas de autobuses o tranvías de nuestros tiempos con sus largas filas de aspirantes al transporte, convergiendo en una mesa presidencial. Pero el Gobierno de Roma fué una continua lucha entre las clases sociales, que termina en un despotismo im-

© 2012 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación